

La flecha de Paris cruza el aire, certera, y se hunde en el talón del Périda. Mortífera, atraviesa la carne con un sordo sonido ahogado por el gemido de dolor que escapa de la garganta de Aquiles.

El más veloz de los griegos cae como un árbol talado de un solo hachazo. Su cuerpo se siente pesado de pronto por el veneno de la flecha asesina de Paris, tembloroso. Sin embargo, Aquiles se resiste a soltar la espada. El escudo se le escapa de las manos, pero se aferra a la empuñadura de su arma con tanta fuerza que podría doblar el metal.

Aquiles trata de erguirse, apoyándose en los codos sobre la tierra. El fervor de la batalla que prosigue a las puertas de Troya es apenas perceptible a sus oídos. Al lograr alzar la vista, capta al príncipe troyano en las almenas, todavía arco en mano, observándolo con lo que diría es respeto y orgullo. Aquiles no podría afirmarlo con certeza, pues su visión se nubla ligeramente y debe bajar la mirada al suelo para asegurarse de que este no se ha movido bajo su cuerpo.

Aprieta los dientes con fuerza. Sus brazos tiemblan y ceden. La tierra entra en contacto con su rostro. Aquiles, el Périda, el de los pies ligeros, pierde fuerza por momentos. Se muere.

Estaba advertido de su pronta muerte al participar en la guerra de Agamenón contra Troya. Siempre ha sabido que moriría luchando. Le desagrada fallecer a la sombra de las murallas de la ciudad troyana, a manos del príncipe que provocó la guerra que lleva años librándose en su territorio. La guerra que a Aquiles le arrebató lo máspreciado que tenía: Patroclo.

Es el recuerdo perenne de su amigo, de su compañero de armas, de su amante, de su amor, lo que lleva cierta paz a la mente de Aquiles, aún cuando deja de sentir su cuerpo y oye vagamente gritos con su nombre a su alrededor.

Los mirmidones acuden raudos al auxilio de su líder. Lo protegen con sus propias vidas, alejan de allí a cualquier troyano que intente acercarse, todavía ajenos a la realidad: que es demasiado tarde.

Los fuertes brazos de sus compañeros de batalla lo sostienen con firmeza, le dan la vuelta para examinar su estado. Sus juramentos por lo bajo al comprobar que Aquiles es incapaz de reaccionar enmascaran el terrible golpe que su inminente pérdida significa para ellos. Aquiles querría decirles que no teman, que su arrojo no se vea mermado por su muerte, que su destino en Troya estaba sellado, que Patroclo lo espera en el Hades.

Patroclo...

Su amante se le ha aparecido en sueños cada noche desde su muerte a manos de Héctor. Cuántas veces ha tratado de abrazarlo y ha despertado abruptamente justo cuando los brazos de su amado se abrían para recibirlo entre ellos. Para Aquiles no hay felicidad en el mundo de los vivos desde que el alma de Patroclo bajó al

dominio del dios del Inframundo. No lo asusta llegar al territorio del dios de los muertos. Lo esperaba.

El mismo Hades aparece a unos metros de distancia, aunque el Pélida no es capaz de discernir su presencia. Los latidos de su corazón son ya apenas un susurro tímido cuando le cierran los ojos con cautela y le apartan el cabello rubio del rostro. El Señor del Inframundo se acerca al grupo de aqueos. Sus ropajes negros como el abismo más profundo apenas tocan el suelo; invisible para los mortales, extiende una mano sobre la frente de Aquiles.

—Descansa, Pélida. Tu deber ha sido cumplido —pronuncia Hades, solemne.

El corazón de Aquiles deja de latir.

Pero el alma de Aquiles despierta en el mismo lugar donde se ha escapado de su cuerpo. Y ve, y escucha.

A los pies de las murallas de Troya no quedan más que flechas perdidas, lanzas rotas y sangre manchando la tierra. Helios, con su carro dorado, casi se pierde ya en el horizonte.

El alma del Pélida siente la llamada del Hades, pero todavía es sutil; aún tiene algo que hacer en el mundo de los vivos. Así pues, se dirige a la playa que durante años ha sido su hogar y el de sus compañeros. Donde un tiempo atrás se alzaba, sombría, la pira funeraria de Patroclo, se alza entonces la suya propia.

De entre los aqueos, Aquiles se fija en Ulises. El rey de Ítaca mantiene la vista fija en la madera. Aquiles sabe que piensa en su propia mortalidad, en qué será de su hijo, de su esposa y de su reino si su destino está en lo alto de otra pira como esa. Que Atenea lo proteja. Él todavía tiene algo por lo que luchar. La razón de vivir del Pélida lleva tiempo en el Hades, esperándolo.

Aquiles ve cómo los guerreros de su patria cargan con su cuerpo sin vida, y con cautela y reverencia, lo depositan entre la madera, deseándole un viaje tranquilo hasta el Hades en murmullos. Prenden la pira poco después, y cuando las llamas alcanzan, perezosas, su cuerpo embalsamado, el lamento de los mirmidones resuena en la arena, en contraste con el grave silencio que reina en el campamento griego. Sus gritos de rabia por la muerte de Aquiles se los lleva Céfito hasta el mar, donde Tetis permanece observando los ritos fúnebres en honor a su hijo, invisible a ojos mortales. Pero los ojos espectrales de Aquiles pueden verla. Los pies espectrales de Aquiles pueden llevarlo hasta ella.

La ninfa del mar aguarda en la orilla, con su impassible rostro marmóreo sólo traicionado por las lágrimas saladas que cruzan sus mejillas. El alma del guerrero acude en su búsqueda, veloz, y cuando Tetis se percata de su presencia extiende los brazos hacia ella.

—Madre —consigue susurrar el alma del príncipe de los mirmidones, postrándose a sus pies.

Tetis le tiende ambas manos, indicándole que se yerga. Cuando lo hace, los profundos ojos de la ninfa lo miran con orgullo, y en sus pálidos labios asoma una sonrisa melancólica.

—Te está esperando, hijo mío —le asegura su madre, en voz baja. Si Aquiles tuviera aún un corazón latente, este le daría un vuelco ante la confirmación de que su amado aguarda su llegada. Cierra los ojos, infinitamente más calmado.

Tetis acuna el rostro incorpóreo de su hijo, y deposita un beso en su frente antes de dejarlo marchar. Cuando Aquiles abre los ojos de nuevo, la playa troyana ha desaparecido de su vista, y Caronte se encuentra a unos metros de él.

Moneda en mano y de nuevo corpóreo, el guerrero avanza hacia el barquero del Hades, impaciente. Mientras cruzan el Aqueronte en sepulcral silencio, la expectación de Aquiles crece por momentos. Patroclo lo espera, Patroclo lleva demasiado tiempo alejado de él, y ahora que por fin pertenecen al mismo mundo una vez más, la barca avanza demasiado lenta para la inquietud de Aquiles. En la otra orilla del Aqueronte, la mismísima reina del Inframundo lo recibe. Conmovida por la intensidad y la sinceridad de su amor, Perséfone se encarga de guiarlo en su camino por el Hades. El Pélida es incapaz de mediar una sola palabra, pues la ansiedad se lo impide. En su mente sólo existe un destino y ese es su amado, y pobre del dios o mortal que se cruce en su camino pretendiendo separarlo de su amor en el descanso eterno.

La reina del Inframundo lo guía hasta la Isla de los Bienaventurados, y se retira en silencio cuando los pies descalzos de Aquiles pisan la verde hierba del comienzo del prado. Prefiere que ese momento sea sólo suyo. De los dos.

Una figura avanza hacia Aquiles, y cuando el Pélida la divisa en el horizonte le flaquean las piernas por primera vez en la vida.

Patroclo.

Aquiles corre.

Corre como jamás ha corrido: impaciente, ansioso, desesperado, hasta que alcanza a su amado y se obliga a frenar. La risa de Patroclo parece música tocada por la lira de Apolo.

Las poderosas piernas de Aquiles apenas lo sostienen, pero su corazón late con fuerzas renovadas. Porque Patroclo le sonrío. Porque Patroclo está allí. En sus cabellos hay flores, y la túnica blanca que lleva le da un aspecto etéreo y perfecto.

Las lágrimas empañan los ojos del Périda cuando las dulces manos de su amado acarician sus mejillas.

Aquiles lo abraza. Lo abraza con fuerza, con urgencia, mientras Patroclo le susurra palabras de calma y lo acoge entre sus brazos con infinito cariño. Ni siquiera el llanto se atreve a entorpecer el beso en el que se funden.

Se besan con el ímpetu de quien acaba de recuperar lo máspreciado, con la intensidad de quien vuelve a respirar tras estar al borde del ahogamiento, con el amor único entre ellos. Se separan apenas para poder mirarse. Aquiles acaricia los suaves cabellos de Patroclo, le jura su amor mil veces en murmullos sólo audibles para ambos, y Patroclo le devuelve los juramentos con el mismo sentimiento.

Tumbados en el mismo lugar, permanecen unidos en un tierno abrazo. Aquiles por fin se permite respirar tranquilo, mientras los dedos de Patroclo trazan formas inexistentes sobre su pecho.

Sus cenizas están ya mezcladas en el mundo de los mortales. Nada ni nadie puede separarlos. No pueden quitarles lo que sintieron y todavía sienten. No pueden impedirles amarse para toda la eternidad.

Aquiles cierra los ojos e inspira hondo.

Finalmente, puede descansar.